

CONSTRUCCIÓN DEL AUTORITARISMO EN EL MUNDO ÁRABE: HACIA UNA EXPLICACIÓN DE LAS DINÁMICAS INTERNACIONALES (1945-2020)

CONSTRUCTION OF AUTHORITARIANISM IN THE ARAB WORLD: TOWARDS AN EXPLANATION OF INTERNATIONAL DYNAMICS (1945-2020)

José Abu-Tarbusch*

Universidad de La Laguna, Tenerife, España

RESUMEN: La relación entre poder y conocimiento se ha visto reflejada en la construcción teórica sobre la persistencia del autoritarismo en los Estados árabes. Con origen en la teoría social decimonónica, que conceptuaba a las sociedades no occidentales como estancadas frente al dinamismo de las occidentales, las aproximaciones culturalistas y esencialistas argumentaron una supuesta excepcionalidad islámica para explicar ese déficit democrático. En contraposición, las perspectivas materialistas remitían esa explicación a la base económica, sistema político y ubicación internacional. Desde la propia historia de las relaciones internacionales del siglo xx se advierte cómo esa conceptualización no ha sido ajena a las coyunturas mundiales de la Guerra Fría y posguerra fría. En esa controversia teórica, las movilizaciones antiautoritarias árabes (2010/2011) introdujeron una ruptura epistemológica a favor de las aproximaciones materialistas.

PALABRAS CLAVE: Estados árabes, autoritarismo, culturalista, materialista, dimensión internacional.

ABSTRACT: *The relationship between power and knowledge has been reflected in the theoretical construction on the persistence of authoritarianism in the Arab States. Originating in nineteenth-century social theory, which conceptualized non-Western societies as stagnant in the face of the dynamism of Western ones, culturalist and essentialist approaches argued a supposed Islamic exceptionality to explain this democratic deficit. In contrast, the materialistic perspectives referred that explanation to the economic base, political system and international location. From the own history of twentieth century international relations, one can observe this conceptualization has not been alien to the world conjunctures of the Cold War and post-Cold War. In this theoretical controversy, the Arab anti-authoritarian mobilizations (2010/2011) introduced an epistemological rupture in favor of materialistic approaches.*

KEYWORDS: Arab states, authoritarianism, culturalist, materialist, international dimension.

* **Correspondencia a / Corresponding author:** José Abu-Tarbusch. Universidad de La Laguna, Departamento de Sociología y Antropología, C/ Pedro Zerolo. Facultad de Educación. Módulo B. Apartado 456, San Cristóbal de la Laguna, Santa Cruz de Tenerife 38200 España – josabu@ull.edu.es – https://orcid.org/0000-0001-9062-1377

Cómo citar / How to cite: Abu-Tarbusch, José (2023). «Construcción del autoritarismo en el mundo árabe: hacia una explicación de las dinámicas internacionales (1945-2020)», *Historia Contemporánea*, 71, 319-353. (https://doi.org/10.1387/hc.22122).

Recibido: 8 octubre, 2020; aceptado: 3 noviembre, 2022.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2023 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Introducción

Este texto tiene como objeto de estudio la persistencia del autoritarismo en el mundo árabe, desde la Segunda Guerra Mundial hasta la actualidad (1945-2020). Se centra en la dimensión internacional de la construcción del autoritarismo en el orden político árabe, sus dinámicas internacionales desde la Guerra Fría, la posguerra fría y el intervalo actual, de transición en la estructura de poder del sistema internacional y refuerzo del autoritarismo en el espacio regional. El marco geográfico estudiado abarca solo los Estados y sociedades árabes del subsistema regional de Oriente Medio y el Norte de África (MENA, siglas en inglés de Middle East and North Africa), sin extenderse a otros Estados y sociedades no árabes (Turquía, Irán e Israel), ni al más amplio mundo islámico. Aunque los prejuicios sobre el islam son extensibles a los países árabes por ser la confesión mayoritaria.

La hipótesis de partida es la validez de las ciencias sociales para explicar el autoritarismo en el mundo árabe al igual que en otras áreas geopolíticas, asumiendo las peculiaridades de cada región sin constituir ninguna excepcionalidad. Desde una óptica materialista y multidimensional del autoritarismo se desafía el determinismo culturalista o esencialista, que reduce la relación causal del autoritarismo árabe al supuesto carácter consustancial e inherente a su condición confesional. Sin minusvalorar ni magnificar el factor religioso (islam como fuente de todos los problemas o de todas las soluciones), se estima más pertinente una explicación multicausal que combine diferentes condicionantes (económicos, políticos, sociales, culturales y estratégicos o internacionales) para dilucidar un tema tan complejo.

En el estado de la cuestión se advierte que la persistencia del autoritarismo en dicho mundo ha sido objeto de una importante controversia que ha rebasado el ámbito académico, con repercusiones en el espacio político, social y mediático (choque de civilizaciones, terrorismo yihadista, inmigración, refugiados, integración e islamofobia). Ante el prolongado déficit democrático árabe, el debate se polarizó entre las tesis culturalistas y las materialistas. Las culturalistas enfatizaban la condición islámica de los Estados y sociedades árabes; y establecían una relación causal entre esta confesión y el autoritarismo, expresado en tendencias y manifestaciones de intolerancia, dogmatismo, misoginia, conflictividad, violencia extrema o terrorismo. Esta pauta parecía vertebrarse a modo de ley general e inmutable, que remitía a los primeros tiempos e historia del islam como si nada hubiera cambiado sustancialmente desde entonces.

Las aproximaciones materialistas parten de explicaciones más empíricas, plurales y transnacionales. Sin desatender las construcciones culturales y religiosas en la interpretación y configuración de la realidad social, abordan las del mundo árabe desde diversos condicionantes socioeconómicos, políticos e internacionales¹; y asumen la validez de las ciencias sociales para su comprensión, al igual que para otras áreas geopolíticas o geoculturales, con sus respectivas particularidades históricas. Lejos de toda pretensión generalista, de leyes universales e inalterables sobre el mundo árabe e islámico de la visión esencialista, estas perspectivas aceptan las limitaciones de las ciencias sociales, con un alcance teórico más intermedio para captar toda la complejidad del autoritarismo. Un fenómeno persistente en la historia política de la humanidad que, con gran capacidad de adaptación a distintos entornos y coyunturas políticas, presenta una diversidad de casos y diferente casuística entre un país u otro².

Si durante algún tiempo predominaron las argumentaciones culturalistas, las revueltas antiautoritarias de 2010-2011 introdujeron una «ruptura epistemológica» e incluso «psicológica»³ a favor de las materialistas, con un alcance explicativo de mayor contrastación teórica y empírica. En lugar de enfatizar los textos doctrinales, cultura e historia islámica, estas perspectivas indagan las causas del déficit democrático de los Estados árabes en su base económica (extractiva y rentista)⁴; en sus condicionantes políticos e institucionales (rol de las elites del poder⁵ y del Ejército⁶); y en su ubicación en el sistema político y económico internacional (alianzas, dependencias e intervenciones externas)⁷. Con una visión más plural, transnacional y global, su análisis no se centra en una supuesta singularidad o excepcionalidad islámica, aislada del resto del mundo, sino que parte de una óptica más entrelazada y comparativa. El déficit democrático es explicado comparativamente con el persistente en el Sur Global, con procesos de democratización de impacto desigual, deterioro e involución, manifestado en el actual refuerzo del autoritarismo en buena parte de los sistemas políticos en el mundo⁸.

¹ Bayat, 2010; Beinin y Vairel, 2011; y Achcar, 2013.

² Anderson, 2014: 41-59.

³ Gerges, 2014: 1.

⁴ Schlumberger, 2006; y Diamond, 2010.

⁵ Izquierdo y Kemou, 2009.

⁶ Bellin, 2004; y Bellin, 2012.

⁷ Halliday, 2005a.

⁸ Freedom House, 2020.

El marco teórico de referencia parte de una doble perspectiva en la disciplina de las Relaciones Internacionales, la realista y la constructivista⁹. La teoría realista permite advertir la primacía que adopta la política del poder en la escena mundial, en particular, entre las grandes potencias en la conducción de su seguridad, intereses y alianzas estratégicas por encima de los principios y discursos relativos al Estado de derecho, soberanía, libertades, democracia o derechos humanos. A su vez, la constructivista instruye sobre la importancia que poseen las ideas, valores, normas, identidades e intereses en la construcción y representación de la realidad social o, en este caso, identitaria del *otro*. Pese a la aparente contradicción entre realismo y constructivismo, dichas perspectivas se entrecruzan y complementan, la realista se centra en cómo «funciona la política» y la constructivista en «como estudiar la política»¹⁰. Ambas coadyuvan en la explicación del comportamiento de aquellas potencias mundiales que, teóricamente partícipes y defensoras de la democracia liberal, mantienen estrechas alianzas estratégicas y de seguridad con los principales regímenes autoritarios árabes; y han primado ese orden político ante los riesgos que implica para sus intereses estratégicos el cambio político, racionalizando y legitimando dicho comportamiento con la construcción de un discurso e imagen orientalistas sobre las sociedades árabes y musulmanas.

En la metodología se ha estimado pertinente una explicación multicausal, de la que solo se desarrolla aquí la dimensión internacional. La fuerte penetración del sistema internacional en el subsistema regional de MENA¹¹ parece justificar esta opción. Este factor posee un alcance complementario de otros importantes condicionantes políticos y socioeconómicos en la argumentación multidimensional de ese prolongado déficit democrático. Esta apuesta no niega la condición de agencia y responsabilidad de los actores internos. Es más, se estima que solo una combinación de las dimensiones endógenas y exógenas proporcionan un análisis más equilibrado y completo de esta compleja realidad social, siguiendo el análisis o «juegos de doble nivel» sobre la influencia mutua que ejercen los asuntos nacionales e internacionales¹².

⁹ Debido a la ingente literatura sobre ambas perspectivas y las limitaciones de espacio, se refiere solo dos textos sobre ambas teorías, véase Moure, 2015; Onuf, 2013.

¹⁰ Barkin, 2020: 4.

¹¹ Brown, 1984: 3-5.

¹² Putnam, 1993.

¿Una excepcionalidad árabe e islámica?

La historia política universal muestra que durante siglos han predominado las formas autoritarias en el orden político¹³. Su arraigo y extensión entre los Estados y sociedades de la sociedad global desafía otras manifestaciones de autoridad asentadas en un mayor consentimiento, cooperación o refrendo público. Estos sistemas políticos pluralistas, con participación ciudadana y alternancia en el poder, han sido más la excepción o la minoría en el computo global. La antigua Grecia es el intervalo más conocido y referido, siempre despojada de toda referencia no occidental¹⁴. Prácticas similares de participación, debate o consulta se encuentran también en otras tradiciones culturales o civilizaciones no occidentales¹⁵. Estas praxis suelen ser menos conocidas y referenciadas, cuando no ignoradas incluso por la literatura especializada.

Desde esta atalaya parece que se ha establecido una especie de canon occidental sobre la democracia, en la que las principales potencias occidentales parecen poseer la patente sobre los sistemas democráticos en el mundo. Se suele considerar que los valores de tolerancia, pluralismo y debate público aparecieron exclusivamente asociados a Occidente, sin contemplar otras tradiciones no occidentales. Sin embargo, como señala Amartya Sen, «la defensa del pluralismo, la diversidad y las libertades básicas se encuentra en la historia de muchas sociedades», entre las que cita a «India, China, Japón, Corea, Irán, Turquía, el mundo árabe, y muchas regiones de África» que deberían ser objeto de un mayor «reconocimiento en la historia de las ideas democráticas» por haber fomentado y protegido «el debate público a nivel político, social y cultural (...)»¹⁶. Del mismo modo, sostiene que la controversia en torno a los requisitos (sociales, culturales o económicos) que, en teoría, debe reunir un país para acceder a la democracia es errónea en su propio planteamiento e insiste en que «un país no tiene que considerarse como adecuado o preparado para la democracia; en lugar de eso, tiene que volverse adecuado mediante la democracia»¹⁷.

¹³ Fukuyama, 2012; y Fukuyama, 2014.

¹⁴ Bernal, 1993.

¹⁵ Sen, 2006.

¹⁶ *Ibid.*: 15-16.

¹⁷ *Ibid.*: 58.

Más allá de la lectura etnocéntrica, pero también geoeconómica y geopolíticamente interesada, acerca de las formas políticas pluralistas, de deliberación y gobierno, semejante interpretación no es ajena a que los primeros cimientos de la democracia se asentaron en los principales Estados y sociedades occidentales. Estas experiencias pioneras en el desarrollo político han coincidido en la geografía mundial con la emergencia y expansión del capitalismo, extendido inicialmente a zonas de mayor crecimiento económico y desarrollo social. También aparecían asociadas a un mayor avance técnico y científico; además de ostentar un notable predominio, poder y riqueza en el sistema internacional. Así ocurrió en líneas generales, advirtiéndose también algunas experiencias excepcionales como Japón tras la posguerra (mediante intervención internacional) o bien en plena periferia del sistema mundial como la India tras la independencia (pese a su extrema pobreza y no cumplir con los requisitos socioeconómicos desde cierto prisma teórico)¹⁸; junto a otras que colapsaron o fueron frustradas en este mismo entorno.

Con las sucesivas oleadas democratizadoras, los sistemas democráticos dejaron de ser una exclusividad occidental o de origen occidental (por asentamiento colonial poblacional en Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda). Con la denominada tercera ola iniciada a partir del último cuarto del siglo XX, la democratización fue facilitada e incluso inducida en el sur de Europa (Portugal, Grecia y España) a mediados de los años setenta, en América Latina en los ochenta y en Europa central y oriental en los noventa, así como en algunos países africanos. Muchos regímenes autoritarios en el hemisferio occidental se habían vuelto disfuncionales y su prolongación podía generar consecuencias indeseadas e imprevisibles, mientras que los calificados como totalitarios en el orbe oriental se desmoronaban y se buscaba su integración en el sistema capitalista mundial.

Esta tendencia registró algunas excepciones en las áreas geopolíticas mencionadas, en ninguna fue más llamativa que en la geografía política árabe, donde prácticamente todos sus regímenes políticos eran calificados como autoritarios (atenuado como «semiautoritario» o «parcialmente libre», dependiendo de las calificaciones). Coincide esta ausencia de democracia en la región con la paralización de las oleadas democratizadoras e incluso con cierta involución en los procesos de democratización experimentados, que se han articulado como democracias iliberales o simple refuerzo del autoritarismo¹⁹.

¹⁸ Lipset, 1959.

¹⁹ Diamond *et al.*, 2016; Mounk, 2018; y Levitsky y Ziblatt, 2018.

La democracia: ¿una prioridad?

El establecimiento de un sistema democrático (liberal) no pareció constituir una prioridad para los gobiernos emergentes en el mundo post-colonial durante la Guerra Fría²⁰. Con algunas excepciones (India), la primacía de la agenda nacional se centraba en valores fuertemente nacionalistas y desarrollistas: consolidar la recién estrenada independencia y soberanía nacional, fortalecer el aparato del Estado y asegurar el crecimiento económico. En política exterior los nuevos Estados se agruparon en torno al *Movimiento de Países No Alineados* (1961) que, precedido por la *Conferencia de Bandung* (1955), abogaba por el *neutralismo positivo* para sortear la confrontación bipolar entre las dos superpotencias; y reclamaban un *nuevo orden económico internacional*, que rompiera el círculo reproductivo de la dependencia externa para permitir su crecimiento y desarrollo socioeconómico.

Por razones diferentes, las grandes potencias occidentales tampoco mostraron mayor interés en la promoción exterior de la democracia²¹, pese a que gozaban de sistemas democráticos en sus respectivos Estados y se reivindicaban como parte del autodenominado *Mundo Libre* (integrado por Estados Unidos, Canadá, Europa occidental —con Gran Bretaña, Francia y Alemania entre sus principales Estados—, junto a Australia y Nueva Zelanda). Pero en el espacio internacional dichas potencias primaron sus intereses geopolíticos y económicos por encima de los principios que compartían de libertad, democracia, Estado de derecho, derechos humanos y mercado libre²². Estos valores se implementaron solo de manera parcial y restringida a sus ámbitos nacionales, sin extenderse a sus áreas de influencia en la periferia del sistema mundial, donde su comportamiento distaba de los principios que alardeaban en la guerra cultural e ideológica contra el bloque soviético.

En esta tesitura, se otorgó un apoyo significativo a numerosos regímenes autoritarios del Tercer Mundo con los que establecieron importantes alianzas estratégicas, incluidos los del sur de Europa: ingreso en la OTAN de Grecia (1949), Portugal (1952) y Pactos de Madrid entre Estados Unidos y España (1953);²³ también se derrocaron a gobiernos nacio-

²⁰ Prashad, 2012.

²¹ Abu-Tarbush, 2015.

²² Khalidi, 2004: 41-47 y 56-63.

²³ Viñas, 2003.

nalistas, algunos surgidos de las urnas, que fueron deliberadamente calificados como comunistas para desacreditarlos y legitimar la injerencia externa: intervención de la CIA en Irán (1953) y Guatemala (1954), entre otras. Algunas de estas potencias mantenían un imperio colonial que, ante su desmoronamiento, intentaban prolongar mediante relaciones —económicas y estratégicas— de dependencia neocolonial.

La alianza estratégica mantenida entre sistemas democráticos con regímenes autoritarios producía una inevitable «disonancia cognitiva»²⁴ al confrontar principios y comportamientos totalmente contrapuestos. Con objeto de atenuar esta disonancia solo cabía apelar a la coherencia política, mediante el ajuste del comportamiento a los principios o, a la inversa, el acomodo de esos valores a las prácticas mantenidas en el espacio internacional. Muchos gobiernos democráticos eligieron la segunda opción, por pragmatismo, debido al carácter minoritario de las democracias en un mundo sobrepoblado por regímenes autoritarios, con los que se relacionaban inexorablemente por razones de supervivencia, amenazas e intereses vitales.

La democracia no era para todas las sociedades

Una de las justificaciones más recurridas entonces para establecer alianzas con determinados regímenes autoritarios y mostrarse beligerantes con otros, consistió en introducir una significativa diferencia en su naturaleza política con la demarcación entre *autoritarios* y *totalitarios*. Juan Linz advertía en el totalitarismo unas características propias y diferenciadoras del autoritarismo: mayor importancia de la ideología y el adoctrinamiento; relevancia del partido único con ramificaciones en las organizaciones de masas (sindicatos, cooperativas, asociaciones profesionales y sectoriales); destacada función de la movilización y politización social; personalización de la élite en un líder, que solía hacerse con el control del partido y concentrar un enorme poder, propiciando el culto a su persona; y una difuminada línea de demarcación entre Estado y sociedad²⁵.

En contraposición, los regímenes autoritarios poseían características más atenuadas que, con diferentes variaciones, permitía un pluralismo limitado, junto a ciertos espacios y actores políticos y sociales, con una participación muy restringida o elitista. Sin institucionalizarse ni organizarse

²⁴ Festinger, 1975.

²⁵ Linz, 1975; y Linz, 2000.

formalmente, admitían diferentes sensibilidades o círculos políticos en el seno del mismo régimen, donde podían rivalizar. A diferencia de los totalitarios, cultivaban una cultura política de apatía y desmovilización, unido a una ideología más difuminada²⁶.

A partir de esta distinción, Kirkpatrick responsabilizaba a la administración Carter de retrocesos significativos en la escena mundial por propiciar el reemplazo de los «autócratas moderados y amigables» por otros «menos amigables y extremistas», como en Nicaragua e Irán (1979). Aún reconociendo el autoritarismo de Somoza y el Sah, señalaba que ambos toleraban una oposición «limitada», de partidos políticos y medios de comunicación. Cuando estos regímenes se vieron fuertemente contestados y más necesitaban del apoyo estadounidense, Washington jugó la baza de la «liberalización y democratización». Pero en lugar de las consecuencias esperadas, se impusieron las no deseadas. Las fuerzas opositoras que tomaron el poder no estaban comprometidas con la democracia liberal. Por el contrario, se mostraron mucho más represoras y menos amistosas e incluso «hostiles a los intereses y políticas» de Estados Unidos, que retrocedía de una posición territorial amiga «en el mejor de los casos» o, «en el peor», los soviéticos adquirían otra²⁷.

Entendía Kirkpatrick que el error de la administración estadounidense consistió en considerar posible la democratización en «cualquier lugar, momento o circunstancia», sin advertir la ausencia de requisitos o condiciones propicias para transitar a la democracia. Partía del equívoco, según la autora, de que había una alternativa democrática a esos regímenes en crisis y, dado que no era posible prolongar esa situación, era preferible el reemplazo del gobierno. La realidad, en tesis de Kirkpatrick, era que los regímenes autoritarios (de derechas) mostraban una mayor tendencia a evolucionar con el tiempo hacia cierta liberalización política y, finalmente, hacia la democracia, mientras los totalitarios (socialistas o comunistas) no evolucionaban del mismo modo ni se democratizaban. Así concluía que Washington no podía imponer tan fácilmente la democracia, ni el cambio político favorecía a los intereses estadounidenses.

Asumiendo hipotéticamente estos imperativos de la *realpolitik*, cabe interrogarse *cómo* se acomodaron esos principios al comportamiento político sostenido en la escena mundial con objeto de atenuar la disonancia

²⁶ Linz, 2000: 159-165.

²⁷ Kirkpatrick, 1979.

cognitiva entre discurso y praxis. Como apunta Edward Said, las grandes potencias «inventan sus propias teorías del destino cultural o civilizador con el fin de justificar sus acciones en el exterior»²⁸. En ese esfuerzo confluyeron argumentos políticos, ideológicos y geoestratégicos, procesados y refinados como productos teóricos más elaborados en la academia. Algunas teorías eran conocidas y otras fueron construidas a posteriori, con un carácter muy específico o *ad hoc* sobre determinadas coyunturas y áreas geopolíticas. Su denominador común consistía en explicar, racionalizar y legitimar semejante comportamiento. Se manifestaba así la relación entre poder y conocimiento. Como señala Cris Brown: «Cómo entendemos e interpretamos el mundo depende en parte de cómo definimos el mundo que estamos tratando de entender e interpretar»²⁹.

Siguiendo esta pauta, el mundo árabe e islámico fue también objeto de teorización, una más genérica, común a las sociedades y Estados de la periferia del sistema político y económico internacional; y otra más específica, relativa a la supuesta singularidad y excepcionalidad islámica. Con objeto de visualizar esa relación entre poder y conocimiento, conviene distinguir las dos etapas políticas más significativas, la de la Guerra Fría y la de la posguerra fría; y los discursos específicos sobre el prolongado déficit democrático árabe para ambos periodos.

Guerra Fría y excepcionalidad islámica

La Guerra Fría se caracterizó por la división bipolar del mundo entre dos grandes bloques mundiales de poder político-militar, con sus respectivas áreas de influencia; por la introducción del armamento nuclear asociado a las superpotencias; y por la controversia política e ideológica en torno a dos modelos socioeconómicos y políticos opuestos³⁰. En esta tesitura, concebida como un *juego de suma cero*, las democracias occidentales lideradas por Estados Unidos temían la expansión de la Unión Soviética hacia las áreas de influencia y disputa en el Tercer Mundo en general.

En esta rivalidad, la región MENA destacó por poseer características propias. Primero, *fuentes y reservas energéticas*, que redoblaban su consideración económica (recursos energéticos) y geoestratégica (dominio de

²⁸ Said, 2005b: 432.

²⁹ Brown, 2001: 1-2.

³⁰ McMahan, 2009.

producción y suministro). Segundo, *vecindad con la Unión Soviética* que, fronteriza con el Oriente Medio no árabe (Turquía e Irán), hacía temer su expansión y apropiación de los ricos campos petrolíferos del golfo Pérsico. Tercero, *manipulación de la rivalidad bipolar*, si Washington magnificaba la amenaza soviética, según sus críticos, los regímenes locales proyectaron problemas internos como conspiraciones e injerencias externas (presuntamente soviéticas o de sus aliados regionales) para movilizar el respaldo estadounidense. Cuarto, el *conflicto árabe-israelí*, que terminó bipolarizándose, pese a que su origen era anterior a la Guerra Fría, ambas superpotencias habían apoyado la creación del Estado de Israel y Washington siguió contando con importantes aliados entre los Estados árabes. Otros acontecimientos y tendencias se produjeron durante la denominada *Segunda Guerra Fría*: la *revolución iraní* (1979) y la *emergencia del islamismo*, seguida por la *invasión soviética de Afganistán* (1979) y las *semillas del yihadismo* que, en esta coyuntura, recibió un decisivo apoyo estadounidense.

La tesis de la supuesta *excepcionalidad islámica* fue la que más trascendió y proyectó los estereotipos predominantes sobre esta región. Edward Said mostraba cómo esa imagen estereotipada y estática de Oriente había sido manifestada y reproducida por los más diversos canales: pintura, literatura, relatos de viajes y, en general, medios de comunicación desde la época colonial, seguidos por la poderosa industria audiovisual del cine, televisión e incluso cómic; además de los trabajos académicos³¹. Entre esos prejuicios, cabe destacar el de la incompatibilidad del mundo islámico con la modernidad, las libertades y, en definitiva, la democracia.

Más que una excepcionalidad islámica, se advierte una excepcionalidad metodológica. Si en el análisis sobre las transiciones desde una dictadura a una democracia se parte de elementos objetivos como «la organización económica y el nivel de desarrollo más propicio para un gobierno democrático», en el caso del mundo árabe se establece una excepción a esta regla y se recurre a argumentaciones subjetivas, asentadas en la psicología social, la cultura y, en particular, la religión³²; unido al peso e inercia de la propia historia islámica³³. Desde cierta óptica académica se argumentaba sobre una supuesta idiosincrasia del mundo árabe e islámico como algo tan específico y singular que resultaba incompatible con

³¹ Said, 1978.

³² Anderson, 1995.

³³ Bölme, 2015: 14-20.

los valores del mundo moderno. En esta línea destacan autores como Bernard Lewis³⁴, Elie Kedourie³⁵, Daniel Pipes³⁶ o Samuel P. Huntington³⁷. Además de rechazar esta perspectiva, Lisa Anderson estima que «los regímenes políticos árabes» son mejor comprendidos tomando en consideración «la economía política» y, en particular, «el carácter de su integración en la economía mundial»³⁸. Igual de crítica se muestra con autores como Hisham Sharabi³⁹, James Bill y Robert Sprinborg⁴⁰, que enfatizan la cultura política (neopatriarcado y patrimonialismo) antes que la «estructura política» que, entiende, es más pertinente para comprender la persistencia del autoritarismo⁴¹.

Como recuerda Robert Cox, profundizando en la relación existente entre poder y conocimiento, la reflexión teórica sobre el mundo no se realiza en un espacio vacío y aséptico,

La teoría es siempre para alguien y con algún propósito. Todas las teorías tienen su perspectiva. Las perspectivas derivan de una posición en el tiempo y el espacio, específicamente de un tiempo y espacio político y social. El mundo es visto desde un punto de vista definible en términos de nación o clase social, de dominación o subordinación, de poder en aumento o en decadencia, de un sentido de inmovilidad o de crisis presente, de experiencia pasada y de esperanzas y expectativas para el futuro. Por supuesto, la teoría sofisticada nunca es solo la expresión de una perspectiva. (...) No hay, por tanto, algo así como una teoría en sí misma separada de un punto de vista en el tiempo y en el espacio. Cuando cualquier teoría se representa a sí misma como divorciada de su perspectiva, es importante examinarla como ideología y poner al descubierto su punto de vista oculto⁴².

³⁴ Probablemente sea el autor más importante e influyente de la corriente culturalista. El término «choque de civilizaciones», que popularizó Huntington, apareció previamente en un texto de Lewis, 1990. Véase también Lewis, 1993; Lewis, 1994; Lewis, 1996; y Lewis, 1997.

³⁵ Kedourie, 1992.

³⁶ Pipes, 1993.

³⁷ Huntington, 1984.

³⁸ Anderson, 1995: 78.

³⁹ Sharabi, 1998.

⁴⁰ Bill y Sprinborg, 1990.

⁴¹ Anderson, 1995: 84-85.

⁴² Cox, 1981: 129.

Desde esta «perspectiva» el mundo islámico fue pensado a semejanza de otras sociedades orientales, concebidas como estáticas e inamovibles frente al incesante dinamismo y movilidad de las occidentales. Dicho mundo era descrito, percibido y construido en un estado de inmovilidad, atrapado en un dédalo, que requería la ayuda e intervención externa para salir de ese estancamiento. Pero lejos de contribuir al desarrollo de las sociedades de la periferia, esa constante intervención externa estuvo más orientada a mantenerlas subordinadas. Un ejemplo fue el Egipto de Muhammad Ali (1805-1848), que emprendió medidas reformadoras y modernizadoras en la administración estatal, agricultura, Ejército, educación, industria y obras públicas con objeto de «minimizar la dependencia del país respecto a los intereses económicos internacionales», pero se vieron frustradas principalmente por la «reacción internacional para frenar el ascenso del nuevo poder que se alzaba en el Mediterráneo»⁴³.

Esta dicotomía, entre sociedades orientales y occidentales, atravesó la teoría social decimonónica y, también, la elaborada durante buena parte del siglo xx. Como señala Bryan S. Turner, los temas académicos más significativos se elaboraron desde la época del dominio colonial occidental sobre el dominado mundo oriental. Destaca cómo Weber y Marx convergieron en la idea del estancamiento de las sociedades orientales desde ópticas diferentes. Si en Weber el acento se ponía en la organización militar y política, en Marx recaía en la ausencia de propiedad privada y de cierto desarrollo de la división de clases como motor de cambio en la historia. Ambos coincidieron en el diagnóstico del estancamiento de la sociedad asiática, bajo el denominado modo asiático de producción y el despotismo oriental⁴⁴. De aquí se concluía que los cambios solo podían proceder desde el exterior. Si bien desde el liberalismo se justificaba, así, el «imperialismo benévolo», desde el marxismo, lejos de justificar moralmente la empresa colonial, se consideraba que era una manifestación de la expansión y contradicciones del capitalismo mundial⁴⁵.

En suma, la reflexión sobre el mundo islámico se realizaba desde un doble prisma, reforzada mutuamente: primero, desde la pugna entre las grandes potencias por el reparto de la influencia territorial y marítima, con el acceso y predominio de áreas de interés geoestratégico, rutas comerciales, estrechos y canales; y, segundo, desde una conceptualización

⁴³ Ortega, 1997.

⁴⁴ Turner, 1989: 9-13.

⁴⁵ *Ibid.*: 36-41.

orientalista en la que las sociedades no occidentales eran definidas como estancadas e inmutables, situación de la que solo podían salir y progresar de la mano de los agentes externos. Esta acumulación de intereses y conceptualización se reforzaron recíprocamente, con el efecto de condicionar tanto el objeto de estudio (qué es lo que se mira) como el método (desde qué ángulo se mira), determinando las aproximaciones teóricas y sus conclusiones. George Corm advierte cómo la diferencia material, de poder y riqueza, se expresa en esa falsa dicotomía: «Cuanto mayor es la diferencia entre la riqueza material de Occidente, con sus deslumbrantes progresos técnicos, y el estancamiento de las otras civilizaciones, mayor es la inclinación del pensamiento antropológico occidental a elaborar unas teorías esencialistas que hacen de su diferencia con el otro un foso infranqueable»⁴⁶.

Desde esta óptica se siguió teorizando durante del siglo xx sobre las supuestas reticencias a la modernización de dicho mundo. En este diagnóstico, se destacaron las características socio-religiosas del islam por, presuntamente, dificultar e impedir su tránsito al mundo moderno, debido a la no separación entre religión y Estado, entre lo privado y lo público, entre lo sagrado y lo secular. Términos e instituciones sociales que eran conceptualizados como las dos caras de una misma moneda, sin delimitación entre ambos mundos. En contraste, en el Occidente cristiano se había demarcado ambos espacios, teóricamente sustentado en un pasaje de los evangelios, que diferenciaba entre «lo que es del César y lo que es de Dios». Religión (o, en este caso, Iglesia) y Estado habían delimitado sus respectivos ámbitos entre «poder espiritual y temporal», no sin serias dificultades desde la Edad Media en adelante.

En contraposición, Lewis afirmaba que no existía nada semejante en la doctrina islámica para la separación entre religión y Estado⁴⁷. La tónica predominante ha sido la contraria, de solapamiento o fusión entre ambos espacios: Estados teocráticos (Arabia Saudí e Irán), amalgama de movimientos y partidos islamistas, además de organizaciones yihadistas. Unido a este itinerario occidental como modelo de referencia y contraste con dicho mundo, se añade que el movimiento de reforma que conoció la cristiandad europea no se ha reproducido en el islam.

⁴⁶ Corm, 2004: 63.

⁴⁷ Lewis, 1990: 47-48.

Semejantes afirmaciones, generalizantes y eurocéntricas, parecen ignorar la complejidad y diversidad del mundo árabe e islámico (historia, pensamiento, realidades sociales); además de descontextualizar sus manifestaciones políticas. No menos frecuente es la tendencia al ahistoricismo, de intentar explicar expresiones sociopolíticas actuales mediante acontecimientos e interpretaciones doctrinales de hace varios siglos; y extraer de las mismas una suerte de «leyes generales que se aplican tanto al pasado como al presente», en una clara emulación de «las leyes invariantes de las ciencias naturales que se mantienen en el tiempo y en el espacio»⁴⁸. Es frecuente encontrarse con trabajos académicos (y más asiduas opiniones mediáticas) en los que se recurre a este tipo de argumentos, que dibujan una imagen fija e inmutable del mundo árabe e islámico desde sus orígenes hasta la actualidad. Daniel Pipes encuentra en la esclavitud militar en el Imperio otomano una peculiaridad que respondía no tanto a causas materiales como a «necesidades inherentes a la civilización islámica», y que no tenía parangón con ninguna otra civilización⁴⁹.

A este ahistoricismo y esencialismo se sumó cierto idealismo, que tiende a explicar la realidad arabo-islámica mediante textos teológicos u otras referencias históricas entremezcladas con la religión. Como apunta Fred Halliday, en la aproximación al mundo del islam conviene diferenciar dos planos de la realidad: el islam «como religión» y el islam como «sistema político y social». El primer caso es materia que concierne a «creyentes y teólogos», el segundo al «análisis social y político» e incluso «internacional». Solapar ambos planos de la realidad no contribuye a su comprensión, se requieren dos formas de aproximación diferentes. Esto no excluye el factor religioso en la realidad social árabe, solo subraya la pertinencia de analizarlo desde la misma óptica de las ciencias sociales que se emplea para comprender otras realidades sociales en el mundo. En consecuencia, cabe convenir con Halliday «en negar la presunción» de que el mundo árabe contemporáneo sea «un caso único, absolutamente distinto del resto e incomprensible para los profanos»⁵⁰, sin objetar sus particularidades históricas. De aquí su propuesta de combinar «el universalismo analítico con el particularismo histórico»⁵¹.

⁴⁸ Buzzan y Little, 2000: 19.

⁴⁹ Pipes, 1981: 100.

⁵⁰ Halliday, 2005b: 23-24.

⁵¹ *Ibid.*: 37.

Posguerra fría y choque de civilizaciones

Estas líneas de argumentación registraron algunas mudanzas con el fin de la Guerra Fría. Durante la inmediata posguerra fría se advirtió un creciente relevo de la desaparecida amenaza comunista por la islamista. El caso argelino ilustró esta mutación con la victoria del Frente Islámico de Salvación en la primera vuelta de las elecciones legislativas (1991) y el consiguiente golpe de Estado (1992), que provocó una guerra civil entre la última década del siglo XX y comienzos del XXI; y marcó un punto de inflexión en las expectativas de apertura y democratización de los regímenes autoritarios árabes en la nueva coyuntura internacional⁵².

Ante la oleada democratizadora experimentada por los países de América Latina en los ochenta y de Europa del Este en los noventa, el mundo árabe aparecía como una excepción a esta tendencia aperturista y democratizadora. La idea de excepcionalidad islámica comenzó a resonar con nuevas referencias. Sartori consideraba que la democracia se iría extendiendo «en sintonía con la geografía de la modernización». Aunque reconocía que «a inicios de los años noventa» la democracia no se expandía a buena parte de «África» ni del «continente asiático», enfatizaba que en los países islámicos era rechazada debido a que «política y religión, lo espiritual y lo temporal son una sola cosa»⁵³.

Al vincular democratización con el proceso de modernización, Sartori parece contradecirse, pues partiendo de esa premisa, el problema en los países islámicos residiría más en la insuficiente o pésima modernización que en la propia religión. Como sostiene John L. Esposito, la religión es «texto» y «contexto». Una esfera es la doctrina religiosa, el cuerpo de textos sagrados; y otra la interpretación social que «diferentes individuos y autoridades» realizan de los mismos «en contextos históricos y políticos determinados»⁵⁴. Así, una sociedad más cerrada tenderá a interpretar más intolerantemente sus creencias religiosas, mientras que otra más abierta realizará una lectura más flexible. En consecuencia, el problema parece no residir tanto en la doctrina (texto) como en la interpretación humana de la misma (contexto).

Uno de los trabajos más recientes y esclarecedores en el desarrollo de esta tesis se debe a Ömer Taşpinar, que acusa al determinismo cultu-

⁵² Martín Muñoz, 1999: 114-120.

⁵³ Sartori, 1993: 18-19.

⁵⁴ Esposito, 2003: 82-83 y 191.

ralista de magnificar el papel de la religión islámica a expensas de ningunear los condicionantes sociales, económicos, políticos y estratégicos. Como toda religión, el islam es susceptible de diferentes interpretaciones. Centrarse en el texto e ignorar el contexto distorsiona la realidad, conduce a políticas fallidas o contraproducentes. Entiende Taşpinar que es el contexto político el que condiciona la interpretación del texto religioso. Más que abogar por la reforma del texto coránico, sugiere reformas políticas, socioeconómicas e institucionales para propiciar un entorno de cambios progresivos en MENA que favorezca una interpretación más abierta del islam. Recuerda que esa fue la senda trazada por Occidente, donde las transformaciones económicas, políticas y educativas precedieron la compatibilidad del cristianismo con el liberalismo, la democracia y el secularismo. En suma, parafraseando la máxima constructivista, Taşpinar sostiene que «el islam es lo que los musulmanes hacen de él». Su interpretación depende del contexto político y no del texto religioso⁵⁵.

La aportación más relevante y visible durante la posguerra fría, sobre las dificultades de la democratización del mundo islámico, procedió de Samuel P. Huntington y su tesis sobre la conflictividad en el sistema internacional. En su afamado artículo, «¿Choque de civilizaciones?»⁵⁶, sostenía que el proceso de globalización había facilitado la interacción entre las personas de diferentes culturas, pero también había contribuido a reafirmar las identidades culturales al contrastarse las diferencias existentes entre las mismas, que afectaban a aspectos nucleares de la identidad como las creencias religiosas. Desde otras culturas no occidentales, añadía, se abogaba por la modernización preservando sus propias señas de identidad. Modernización no equivalía a occidentalización, aquella estaba siendo apropiada por los elementos más fundamentalistas de estas sociedades. Unido al refuerzo que suponía que el éxito económico se producía desde la integración regional en una misma cultura o civilización.

Huntington concluía que de la diferencia cultural o civilizatoria se derivaba una potencial conflictividad en el espacio internacional. Si durante la Guerra Fría los conflictos se explicaban por causas predominantemente políticas, ideológicas y económicas, en la posguerra fría estos factores quedaban relegados por la primacía adquirida por las identidades culturales y civilizacionales. Entendía que, de producirse una tercera gue-

⁵⁵ Taşpinar, 2021: 5-7.

⁵⁶ Huntington, 1993.

rra mundial, esta sería entre civilizaciones. Entre las ocho que distingue (occidental, ortodoxa, japonesa, hindú, latinoamericana, sínica, islámica y africana), destaca la occidental y la islámica como las más proclives a chocar entre sí o bien entre la occidental y una coalición integrada por la islámica y la sínica (o china).

Con un notable eco mediático, la tesis de Huntington apareció en formato de libro tres años después, y reiteraba la tendencia al choque civilizatorio en el sistema internacional de la posguerra fría. Su recelo hacia las «civilizaciones no occidentales» adoptó una mayor virulencia y negatividad en el caso islámico: «Donde quiera que miremos a lo largo del perímetro del islam, los musulmanes tienen problemas para vivir pacíficamente con sus vecinos»⁵⁷.

Huntington destacaba la incapacidad para que la democracia liberal arraigara en las sociedades musulmanas, debido a «la naturaleza de la cultura y la sociedad islámica, inhóspita para los conceptos liberales occidentales»⁵⁸. Incluso si, hipotéticamente, asumiera la posibilidad de esa democratización, Huntington la desechaba por sus previsibles resultados o «paradoja de la democracia». Entendía que en el mundo de la posguerra fría había que «elegir entre un tirano aliado y una democracia hostil», porque en las sociedades no occidentales la celebración de elecciones democráticas no garantizaba los resultados esperados por Occidente, de gobiernos cooperativos y prooccidentales; por el contrario, «pueden llevar al poder a nacionalistas y fundamentalistas antioccidentales»⁵⁹.

La teoría de Huntington se encuadra en la obsolescencia del paradigma bipolar para explicar la conflictividad internacional posterior a la Guerra Fría. Entre las críticas que suscita destaca su definición reduccionista, homogénea, monolítica y hermética de las civilizaciones, sin contagio ni préstamo alguno de otras civilizaciones, que no concuerda con las «evidencias» empíricas de su carácter poroso, absorbente, de continuos intercambios, «hibridación y mestizaje»⁶⁰. Tampoco se advierte que los conflictos deriven de la mera diferencia cultural o que se registren más entre las civilizaciones que en el seno de estas. William Pfaff advierte que el verdadero conflicto no es «entre la civilización islámica y Occidente [...], sino entre la modernidad occidental y los valores, creencias y modos

⁵⁷ Huntington, 1997: 307.

⁵⁸ *Ibid.*: 136.

⁵⁹ *Ibid.*: 235.

⁶⁰ Said, 2005b: 443.

de vida del mundo no moderno»⁶¹. Ronald Inglehart y Pippa Norris muestran, mediante una encuesta de opinión en diferentes países, que la verdadera diferencia entre ambos mundos no reside tanto en los valores políticos (convergen sobre la democracia) como los relativos al sexo (igualdad de género, divorcio, aborto y homosexualidad)⁶². Mientras que un autor de referencia mundial sobre la conflictividad, Michael Klare, no corrobora que las «guerras» de este periodo en «África y Asia» respondan a «diferencias de civilización o identidad». En su lugar, sostiene que surgen de la competición y «disputa por los recursos»⁶³. Este paradigma de «la guerra por los recursos» posee mayor capacidad explicativa, además de un cuerpo teórico y empírico más convincente y contrastable⁶⁴.

La tesis de Huntington estuvo precedida por ciertas tendencias que coincidieron o se solaparon parcialmente en la década de los ochenta: primero, el fracaso de las políticas nacionalistas y, teóricamente, de corte progresista en buena parte del Tercer Mundo; segundo, el desmantelamiento y caída definitiva del comunismo; y, tercero, la ofensiva neoliberal que comenzó a ganar gradualmente considerables posiciones. Estos acontecimientos dejaron huérfanos de referentes políticos e ideológicos a importantes sectores de la población, movimientos sociales y fuerzas políticas en muchas zonas turbulentas del planeta. En este vacío se produjo una creciente manipulación de las identidades culturales y atávicas. Como señala Vijay Prashad, la renuncia al «proyecto político y social del Tercer Mundo» se compensó y acompañó con el auge de los «nacionalismos culturales» y el «fundamentalismo», que acentuaron las diferencias culturales y religiosas, los atavismos y las luchas intestinas. Este creciente reemplazo «del nacionalismo del Tercer Mundo por el nacionalismo cultural» coincidió con la globalización neoliberal y el socavamiento de la soberanía nacional. Así, las economías nacionales quedaron a merced de «las empresas sin Estado (y sin alma)» mientras se desplazaban «las culpas de la falta de bienestar a las minorías (religiosas, étnicas, sexuales y de cualquier otro tipo)»⁶⁵.

En el plazo de dos décadas la tesis del choque de civilizaciones cedió paso a la que se conjeturaba en el seno del islam. Este desplazamiento,

⁶¹ Pfaff, 2006: 64.

⁶² Inglehart y Norris, 2003.

⁶³ Klare, 2006: 12.

⁶⁴ Klare, 2003; y Klare, 2008.

⁶⁵ Prashad, 2012: 454-456.

desde parámetros intercivilitarios a intracivilitarios, seguía centrando las causas de la conflictividad en unas identidades culturales y confesionales fijas e inmutables. Se pasó de las «fronteras sangrientas del islam» con otras civilizaciones a las existentes en el mundo islámico, entre suníes y chiíes. Este refuerzo del sectarismo étnico y confesional no era ajeno a la rivalidad regional entre Arabia Saudí e Irán⁶⁶; y la instrumentalización gubernamental del sectarismo para dividir y debilitar los movimientos de oposición o presentarse como los garantes del orden y la diversidad comunitaria en sus respectivas sociedades. Así, Damasco apostó por el sectarismo comunitario para contrarrestar las heterogéneas y fragmentadas fuerzas opositoras; e intentar granjearse el apoyo de otras minorías o neutralizarlas⁶⁷.

En el corto interregno de la posguerra fría, desde la caída del muro de Berlín (1989) y la implosión de la Unión Soviética (1991) hasta concluir el segundo mandato de la administración Bush (2009), ninguna otra tesis ejerció mayor influencia en la conceptualización y percepción de las relaciones entre Estados Unidos y el mundo árabe e islámico como la de Huntington. Con independencia de su validez y rigor, su peso en esa configuración social y política fue innegable. Como señala el teorema de Thomas, si las personas definen las cosas como reales, estas serán reales en sus consecuencias.

Los atentados terroristas del 11-S (2001) reforzaron esta idea de la profecía que se autocumple. Las interpretaciones más recurrentes y mediáticas tenían como trasfondo las tesis culturalistas y esencialistas. No todas compartían esos mismos supuestos. Pero había un importante terreno abonado por imágenes y percepciones sobre dicho mundo en el imaginario colectivo occidental que propiciaba esa lectura. Como afirmaba Said, mucho antes del 11-S, buena parte de la cobertura que hacían los medios de comunicación sobre esta región abundaban en «generalizaciones inaceptables e irresponsables», que difícilmente podrían ser «esgrimidos contra ningún otro grupo religioso, cultural o demográfico del planeta» sin ser catalogadas de racistas al «demonizar y deshumanizar a una cultura en su conjunto»⁶⁸.

⁶⁶ Sobre el incremento del sectarismo en la región, véase Hashemi y Postel, 2017, y Haddad, 2020; y sobre la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán, véase Keynoush, 2016, y Hiro, 2018.

⁶⁷ Álvarez-Ossorio, 2016: 9; y Yassin-Kassab, 2017: 83.

⁶⁸ Said, 2005a: 38 y 59.

La interpretación más relevante, por su trascendencia mundial, fue la de la administración estadounidense, que calificó los atentados del 11-S como una declaración de guerra. Pero ¿eran el terrorismo y la guerra equivalentes? La reacción que adoptó Washington despejó las dudas al declarar la guerra al terrorismo, que priorizó en su política exterior en MENA. Todo indicaba que, bajo la cobertura de la «guerra contra el terrorismo», Washington poseía otra agenda, de apuesta hegemónica, que poco o nada tenía que ver con ese combate⁶⁹. Explicitada también en la *Estrategia de Seguridad Nacional* (2002), de evitar que cualquier otro Estado alcanzara su paridad estratégica.

Para algunos historiadores el 11-S fue el Pearl Harbour que necesitaba el sector neoconservador del gobierno de Bush para implementar dicha agenda⁷⁰. Esa voluntad se reflejó en sus planes de intervención en Irak y en sus intentos por vincular los atentados con Bagdad, sin ningún tipo de evidencias⁷¹. A medida que estas imputaciones perdieron credibilidad por falta de pruebas (vínculos con al-Qaeda y posesión de armas de destrucción masiva) o porque no justificaban una guerra (violación resoluciones de la ONU y condición dictatorial), Washington enfatizó la tiranía de Saddam y el deseo de promover la democracia en Irak mediante un cambio de régimen *manu militari*. Este discurso careció de fundamento, la mayoría de sus aliados en MENA eran regímenes tan autoritarios como el iraquí.

En su empeño por justificar el presunto altruismo de su intervención y ocupación de Irak, Washington diseñó un plan específico de promoción de la democracia para MENA, el *Great Middle East Project* (2004). Su eco mediático y político fue considerable, toda una obra de ingeniería social que prometía transformar la naturaleza autoritaria de esos regímenes políticos por otra democrática. El experimento comenzaba en Irak y, previsiblemente, se expandiría gradualmente por los Estados y sociedades del entorno que, en teoría, querrían emular el modelo iraquí. La elección de Irak no era inocente, llevaba algún tiempo en el punto de mira de los *neocons*⁷².

Conviene traer nuevamente a colación la relación entre poder y conocimiento. Si bien los *neocons* participaban de los supuestos culturalistas respecto al mundo árabe e islámico, se mostraron firmes partidarios, al menos en teoría, y cuando ocuparon posiciones de poder, de su democra-

⁶⁹ Callinicos, 2004.

⁷⁰ Segura, 2004: 219.

⁷¹ Clarke, 2004.

⁷² Kristol y Kaplan, 2004.

tización, sobre todo de los regímenes más distantes o adversarios, tratados con una exigencia que contrastaba con la indulgencia dispensada a los «tiranos aliados». Entonces las supuestas incompatibilidades o condicionantes para transicionar a la democracia desaparecieron de sus discursos; y, por el contrario, se abogaba por una transformación democrática, que incluía la fuerza militar⁷³.

Desde otra óptica, a raíz de los atentados del 11-S, se reconocía el fiasco de la política exterior estadounidense en MENA, donde durante décadas había primado la estabilidad por encima de la libertad y la justicia⁷⁴. Los regímenes autoritarios, aliados inclusive, mostraban un evidente agotamiento de sus fuentes de legitimidad, que no contribuían más a la estabilidad, moderación y pacificación de la política regional. Su persistencia sobre la base exclusiva de la coerción y la represión producía el efecto contrario al buscado, cultivaba —e incluso exportaba— la inestabilidad, el radicalismo y la violencia extrema como el 11-S había expuesto. Esta reflexión tuvo un corto recorrido. Más que introducir un giro en la política exterior estadounidense, pareció responder tanto al impacto psicológico y político de los atentados como a legitimar la intervención en Irak.

Las grandes proclamas democratizadoras no fueron secundadas. El *Great Middle East Project* cayó rápidamente en el olvido, sin mayor impulso ni seguimiento. La propia administración Bush moderó el tono discursivo durante su segundo mandato. Los principales detractores de la apertura democrática fueron sus propios aliados, con algunos gestos de cara a la diplomacia internacional, sin poner en riesgo las riendas del control monopolista del poder. Por razones diferentes, ni los poderes locales ni los mundiales mostraron mayor adhesión a una apertura democrática que la nominal: unos porque se aferraban al poder y no estaban dispuestos a ceder cuotas del mismo, ni mucho menos propiciar ningún tipo de alternancia que cancelara sus presidencias vitalicias; y otros porque no estaban dispuestos a asumir los riesgos e incertidumbres de la democratización frente a sus considerables intereses geoestratégicos. El argumento para implantar la democracia en Irak y su expansión regional pareció meramente coyuntural ante el agotado repertorio de acusaciones por falta de credibilidad y pruebas; y solo contribuyó a desprestigiar y «dañar significativamente la política estadounidense de promoción de la democracia»⁷⁵.

⁷³ *Ibid.*: 151-168.

⁷⁴ Rice, 2008.

⁷⁵ Carothers, 2007.

Así se cerraba el ciclo de la posguerra fría o del «momento unipolar»⁷⁶. En MENA no se había logrado que los regímenes autoritarios aseguraran mayor estabilidad, moderación ni pacificación, tampoco que iniciaran una apertura democrática. Todo mostraba que se volvía a la casilla de salida, previa a la conclusión de la Guerra Fría y al 11-S, con el agravante de una creciente inestabilidad regional, no ajena a las intervenciones militares estadounidenses (Afganistán e Irak). La inercia de su política exterior continuó con la apuesta por la estabilidad del orden injusto frente a la incertidumbre y riesgos que para sus intereses y alianzas geoestratégicas poseía el cambio político. Las viejas autocracias árabes siguieron contando con el imprescindible apoyo externo.

Paisajes después de la posguerra fría

El periodo posterior a la posguerra fría en MENA se ha caracterizado por dos importantes tendencias: una, la erosión de la supremacía estadounidense, junto a la entrada de otras potencias mundiales y ascenso de las regionales en la reconfiguración del equilibrio de poder regional; y dos, el refuerzo del autoritarismo posterior al ciclo de protesta antiautoritario, que retroalimentó la inestabilidad y conflictividad.

Debido a la proyección mundial de Washington, el relevo del presidente Bush (2001-2009) por Obama (2009-2017) suscitó numerosas expectativas más allá de las fronteras estadounidenses, también en las sociedades árabes. Consciente de su deteriorada imagen en MENA, Obama transmitió dos mensajes en su discurso en la Universidad de El Cairo (2009): que Estados Unidos no estaba en guerra con el mundo islámico; y que los gobiernos democráticos eran más estables, exitosos y seguros. Sus proclamas se sometieron a la irrupción de las revueltas árabes (2010-2011), que enfrentó a Washington al siguiente dilema. Por un lado, en el ámbito discursivo, se aceptaba la apertura democrática y se abogaba por una transición «pacífica y ordenada», que propiciara gobiernos más estables e inclusivos de su ciudadanía y diferentes sensibilidades políticas; además de responsables con los compromisos y alianzas adquiridas en el espacio regional e internacional. Por otro, la dimensión que adoptaban las movilizaciones y la represión gubernamental rebasaban las previsiones de

⁷⁶ Krauthammer, 1990/91.

mantenerlas bajo ciertos límites y orden. La situación desbordó la zona de control con su rápida propagación desde Túnez a otros países del entorno, que suscitaron posiciones contradictorias con sus propios aliados y entre estos; y se advirtieron serias amenazas a sus intereses geoestratégicos en la región.

La respuesta de Washington no fue uniforme, ni coherente⁷⁷. Dependió de sus lazos geoestratégicos con el país en cuestión. En Túnez, un país pequeño y sin mayor interés geoestratégico, el descabezamiento del régimen y el inicio de una transición pacífica hacia la democracia no amenazaban ni alteraban el equilibrio de poder. Pero este cálculo e implicación fueron diferentes en Egipto por sus vínculos estratégicos, ubicación, Ejército, población y peso regional. Mayor beligerancia mostró en Libia, donde lideró «desde atrás» la intervención de la OTAN, que contrastó con su pasiva connivencia ante la intervención de Arabia Saudí y Emiratos Árabes en Bahrén para sofocar las protestas. Estados a los que también cedió el protagonismo en Yemen, mientras que en Siria se manifestó mucho más contundente y exigente.

Este comportamiento estadounidense fue extensivo a otras potencias mundiales y regionales. La Unión Europea tampoco actuó de manera homogénea y coherente con sus propios criterios de Política Exterior y Seguridad Común. Sus Estados siguieron dos pautas de comportamiento habituales: seguimiento de la política exterior de Washington con mayor o menor implicación; y fragmentación en su respuesta, que suele restarle poder e influencia en la escena mundial.

Rusia y China vieron con recelos las protestas antiautoritarias en Túnez y preocupación por su creciente dimensión y contagio regional. Si bien aceptaron los hechos consumados en Túnez y luego en Egipto, mostraron serias reservas en el caso de Libia, donde la intervención de la OTAN condicionó su oposición en Siria, con el veto en el Consejo de Seguridad de la ONU para evitar un escenario semejante. Además de la rivalidad entre las grandes potencias mundiales, este rechazo a las intervenciones, bajo cobertura humanitaria, respondía a que violaban la soberanía de un determinado país, buscaban el cambio de régimen, establecían un precedente que podía implementarse en su entorno, y solían provocar el efecto contrario al teóricamente buscado⁷⁸. Afganistán e Irak ilustraban

⁷⁷ Manson, 2014.

⁷⁸ Bricmont, 2008; y Gordon, 2020.

cómo las grandes obras de ingeniería social, de cambio de regímenes políticos y transformación societaria, no conseguían ni lo uno ni lo otro. Las intervenciones militares servían para determinados propósitos (derrocamiento régimen político), pero no obraban milagros (transformación sociedad afgana en una liberal o iraquí en otra confesional y étnicamente homogénea). En su lugar, creaban un vacío de poder, caos y violencia, que empantanaban al país afectado e inestabilizaban a los del entorno. Los acontecimientos posteriores parecieron confirmar estos temores. El propio presidente Obama reconocía que Libia había sido el mayor fiasco de su política exterior por no haber previsto «el día después»⁷⁹.

Junto a estos recelos, Rusia y China poseían también importantes intereses en la región, contrarios a los riesgos y costes de un panorama de inestabilidad y conflictividad. Sus relaciones diplomáticas con los países de MENA se habían ampliado y diversificado. La tradicional animadversión de algunos regímenes árabes, ultraconservadores, anticomunistas y alineados con Washington, había dejado paso a un nuevo entendimiento tras el fin de la confrontación bipolar y sus itinerarios políticos e ideológicos. En algunos aspectos la sintonía era significativa por compartir formas de gobierno autoritario. A diferencia de Washington y Bruselas, Moscú y Pekín no participaban ni jaleaban el discurso de los derechos humanos y la democracia liberal, sino que se centraban en las transacciones económicas y comerciales (compraventa de armas y petróleo, junto a otros bienes y servicios).

La inusitada influencia de Rusia y China en muchos países de la periferia del sistema internacional no es ajena a la combinación del exitoso crecimiento económico con el autoritarismo, en detrimento del paradigma que asociaba el éxito de la economía de mercado con la democracia liberal. Un modelo menos atractivo para los autócratas árabes que, si bien han liberalizado sus sistemas económicos, mantienen herméticamente cerrados los políticos. El desencuentro con estas potencias no procedía de reprobar las formas autoritarias de gobierno, sino de la confluencia o no de sus respectivas alianzas estratégicas: en qué países se propiciaba algún tipo de cambio político (no precisamente hacia la democracia) o bien se mantenía el *statu quo*. A semejanza de Washington, Moscú y Pekín podían coincidir o discrepar con las potencias regionales y Estados locales no tanto por aspectos doctrinales, de principios políticos e ideológicos, como por los derivados de sus diferentes alineamientos e intereses estratégicos.

⁷⁹ Goldberg, 2016.

La apuesta por el cambio no significaba lo mismo para todos los actores externos implicados, que enmudecían sus críticas sobre los autócratas aliados mientras exigían o contribuían a derrocar a los adversarios. Las intervenciones de las potencias mundiales y regionales estuvieron mediatizadas por sus respectivas alianzas e intereses estratégicos, desdénando las causas internas de las protestas. Con diferente grado de implicación y responsabilidad, las grandes potencias contribuyeron al refuerzo del autoritarismo. Pese a algunas tentativas de revisión de la política exterior de Washington y Bruselas, lo cierto es que el periodo de turbulencias e inestabilidad que siguió a la euforia y expectativas de las movilizaciones contribuyó a que se volviera a primar los intereses asociados a la estabilidad política regional: en particular, la contención del terrorismo, la inmigración y el islamismo, en detrimento de una mayor preocupación por el respecto a los derechos humanos, Estado de derecho y apertura democratizadora. La dimensión internacional del autoritarismo quedaba, así, sellada desde los diferentes ángulos e intereses de dichas potencias.

Las dificultades para precisar o medir la influencia del contexto internacional sobre los cambios políticos o de régimen, según Schmitter, no impide advertir, primero, su carácter omnipresente, por cuanto ningún país o proceso es ajeno a la dimensión internacional; y, segundo, cómo varía su incidencia en función de una serie de variables: «tamaño del país», «recursos», «contexto regional», «ubicación geoestratégica» y «alianzas»⁸⁰. El contexto internacional no necesariamente determina el resultado del cambio en curso, si bien no es ajeno al mismo, pues suele estar mediatizado por «actores nacionales o subnacionales», además del propio «proceso»⁸¹.

El establecimiento de un sistema democrático requiere de un sustancial apoyo de las fuerzas sociales y políticas internas. El papel preponderante que juegan «los factores domésticos» en las transiciones desde regímenes autoritarios es una de las principales conclusiones del trabajo clásico editado por Guillermo O'Donnell y Philippe C. Schmitter⁸²; y en general por la literatura especializada, que relega a un segundo plano los factores y actores externos. Semejante aseveración no excluye la importancia del contexto internacional, que puede favorecer o disuadir la democratización.

La descolonización del Imperio británico, la posguerra mundial, las derrotas militares por otros países que imponen el tipo de régimen, la dé-

⁸⁰ Schmitter, 2001: 28.

⁸¹ *Ibid.* 46.

⁸² O'Donnell y Schmitter, 1986: 19.

cada de los setenta, junto con el fin de la Guerra Fría y la implosión de la Unión Soviética son ejemplos de contextos internacionales que favorecieron el avance de la democracia en diversas regiones del mundo. Así se manifestó en la «activa e influyente» política de promoción de la democracia de la Unión Europea en América Latina, y de Estados Unidos y Canadá en los antiguos países comunistas de Europa central y oriental. Este proceso respondía tanto a los «valores e ideales democráticos» como a inquietudes acerca de «la seguridad del Estado, las ventajas económicas y el equilibrio cambiante del poder internacional». De ahí que Whitehead reclame una mayor atención de la prestada a «las rivalidades interestatales y las consideraciones de realpolitik» en los estudios sobre la democratización⁸³.

El peso de la geopolítica ha condicionado históricamente las políticas de promoción de la democracia. La tendencia general ha sido el predominio de los intereses geoestratégicos cuando han colisionado con los principios democráticos. La expansión y competición de las grandes potencias, con miras en muchas áreas del planeta, implica que sus consideraciones de seguridad, estabilidad e intereses geoestratégicos posean un mayor alcance e impacto en el sistema internacional que los asuntos relativos a la libertad, la justicia o los derechos humanos, que afectan a la ciudadanía de numerosos países.

Paradójicamente, el mayor desencuentro y recelo que se produce entre los movimientos antiautoritarios o pro-democráticos no es tanto con aquellas potencias mundiales que tienen un claro perfil autoritario (y de las que no esperan cambios) como con aquellas que poseen uno democrático (y suscitan expectativas de cambio). Ciertas transiciones desde el autoritarismo poseen más o menos «posibilidades de éxito» en virtud del grado de riesgos y amenazas que impliquen para las alianzas externas, seguridad, intereses estratégicos y, en suma, «preserven o refuercen los vínculos políticos y económicos con las potencias dominantes»⁸⁴.

A modo de conclusión: la democracia, ¿una aventura occidental?

Ruptura epistemológica. Durante décadas las mencionadas concepciones culturalistas diseñaron un panorama de las sociedades árabes como un laberinto del que no parecía que pudieran salir por sí solas,

⁸³ Whitehead, 2001: 396.

⁸⁴ Whitehead, 1986: 7-8.

salvo mediante intervención externa. Semejante diagnóstico era comparado con el de otras sociedades no occidentales desde la época decimonónica, eurocéntrica y dominada por los imperios coloniales europeos. Si durante el periodo colonial se impusieron los criterios de tutelaje a dichas sociedades, tras la descolonización emergieron nuevas coyunturas y concepciones que predominaron sobre los *otros*, de estigmatizaciones sobre el Tercer Mundo y, en particular, sobre el Oriente árabe y musulmán.

Como recuerda Said, si bien la mayoría de las colonias ganaron su independencia, «las actitudes imperialistas subyacentes a la conquista colonial continuaron vigentes»⁸⁵. Se siguió conceptualizando en esas claves culturalistas durante la Guerra Fría y la posguerra fría en sintonía con la relación entre poder y conocimiento, que reflejaba el tradicional predominio geoestratégico estadounidense en la región durante la confrontación bipolar y el llamado «momento unipolar» o apuesta por la hegemonía. Pese a su todavía notable poder e influencia, la supremacía estadounidense en MENA parece praelicitar, como lo confirma su fracaso en Afganistán, Irak y Libia, renuencia a intervenir en Siria, reducción de influencia regional y desavenencias con potencias regionales aliadas (Turquía y Arabia Saudí). Unido a la entrada en la competición de otras potencias mundiales (Rusia y China), el empoderamiento de las regionales (Irán) y, en suma, la generalizada contestación política al orden autoritario postcolonial árabe, que también ha alterado esa correspondencia entre poder y conocimiento.

Esto no significa que exista una relación mecánica de causa efecto entre estos cambios y las nuevas perspectivas emergentes sobre el mundo árabe. Muchas de estas aproximaciones⁸⁶ estaban presentes o en elaboración desde mucho antes, en polémica con las tesis culturalistas. Su renovado crédito y visibilidad se corresponde con su mayor capacidad explicativa, enfoque más plural y transnacional, acrecentada contrastación teórica y empírica, y alcance explicativo intermedio (entre lo general y lo particular), alejado de las pretensiones asociadas a una supuesta ley general e inmutable de la visión esencialista.

Ruptura psicológica. Pese al desaliento suscitado por el fracaso de las protestas árabes (2010-2011), la contestación política a los regímenes au-

⁸⁵ Said, 1996: 54.

⁸⁶ Posusney, 2005; Schlumberger, 2007; y King, 2009.

toritarios se ha mantenido incesante. El enorme coste impuesto por el refuerzo del autoritarismo mediante la represión, elevando el umbral del miedo para adherirse a las movilizaciones colectivas, no ha impedido que desde un rincón a otro de la geografía árabe se siga desafiando el autoritarismo. Estas acciones colectivas se han registrado incluso en países en los que el peso de una guerra en el pasado reciente disuadió una adhesión significativa al mencionado ciclo de protesta (Argelia, Irak, Líbano o, parcialmente, Sudán); y también en aquellos donde se ha producido una importante involución política (Egipto y Túnez) o reformas epidérmicas (Marruecos y Jordania)⁸⁷. Sin olvidar el desolador entorno societario árabe de represión, guerras civiles, intervenciones externas y Estados fallidos (Libia, Yemen y Siria).

Dimensión internacional. Todo indica que las exigencias ciudadanas de apertura y democratización de los sistemas políticos árabes siguen vigentes, pese a las respuestas insatisfactorias, represivas y contraproducentes dadas hasta ahora. Nada muestra que exista una supuesta incapacidad o incompatibilidad cultural y confesional de la región árabe para gobernarse bajo un Estado de derecho, inclusivo y con alternancia en el poder. Del mismo modo, se constata la validez de las ciencias sociales para explicar la persistencia del autoritarismo en los Estados árabes, que responde a diferentes causas. Aquí se ha señalado la dimensión internacional, ilustrada caricaturescamente por el presidente estadounidense Donald Trump (2017-2021) cuando afirmó que, de retirar el respaldo a la monarquía saudí, solo duraría «dos semanas» en el poder⁸⁸.

El tradicional apoyo de las potencias mundiales a las dictaduras locales es una realidad, teórica y empírica, contrastada y constatada. No es el único vector, ni explica por sí solo el prolongado déficit democrático árabe. Más que una supuesta y particular naturaleza cultural o confesional, la dilatada permanencia del autoritarismo en MENA se explica por consideraciones tan terrenales como las relativas al poder y la riqueza, entrelazadas por factores y actores internos principalmente, sin excluir ni menospreciar los externos o internacionales.

⁸⁷ Hernando de Larramendi, 2020.

⁸⁸ «Trump: Saudi king wouldn't last "two weeks" without US support», *Aljazeera*, 3 de octubre de 2018, disponible en <https://www.aljazeera.com/news/2018/10/trump-saudi-king-wouldn-weeks-support-181003053438418.html>, [consultado el 8 de agosto de 2020].

Bibliografía

- ABU-TARBUSH, José, «Estados Unidos y la promoción de la democracia en Oriente Medio y el Norte de África», en ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio (ed.), *La primavera árabe revisitada. Reconfiguración del autoritarismo y recomposición del islamismo*, Thomson Reuters Aranzadi, Pamplona, 2015, pp. 25-53.
- ACHCAR, Gilbert, *The People Want. A Radical Exploration of the Arab Uprisings*, University of California Press, Berkeley, 2013.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio, *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2016.
- ANDERSON, Lisa, «Democracy in the Arab World: A Critique of the Political Culture Approach», en BRYNEN, Rex, KORANY, Bahgat, y NOBLE, Paul (eds.), *Political liberalization and Democratization in the Arab World: Vol 1. Theoretical Perspectives*, Lynne Rienner, Boulder, Colo., 1995, pp. 77-92.
- ANDERSON, Lisa, «Authoritarian Legacies and regime Change: Towards Understanding Political Transition in the Arab World», en GERGES, Fawaz A. (ed.), *The New Middle East: Protest and Revolution in the Arab World*, Cambridge University Press, London, 2014, pp. 41-59.
- BARKIN, J. Samuel (ed.), *The Social Construction of State Power: Applying Realist Constructivism*, Bristol University Press, Bristol, 2020.
- BAYAT, Asef, *Life as Politics. How Ordinary People Change the Middle East*, Amsterdam University Press, Amsterdam, 2010.
- BEININ, Joel, y VAIREL, Frédéric, *Social Movements, Mobilization, and Contestation in the Middle East and North Africa*, Stanford University Press, California, 2011.
- BELLIN, Eva, «The Robustness of Authoritarianism in the Middle East: Exceptionalism in Comparative Perspective», *Comparative Politics*, vol. 36, n.º 2, 2004, pp. 139-157.
- BELLIN, Eva, «Reconsidering the Robustness of Authoritarianism in the Middle East: Lessons from Arab Spring», *Comparative Politics*, vol. 44, n.º 2, 2012, pp. 127-149.
- BERNAL, Martín, *Atenea Negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Crítica, Barcelona, 1993.
- BILL, James A. y SPRINGBORG, Robert, *Politics in the Middle East*, HarperCollins Publisher, New York, 1990, (3.ª edición).
- BÖLME, Selin M., «The roots of authoritarianism in the Middle East», en KARAKOÇ, Jülide (ed.), *Authoritarianism in the Middle East: Before and After Arab Uprising*, Palgrave Macmillan, London, 2015, pp. 7-37.
- BRICMONT, Jean, *Imperialismo humanitario. El uso de los Derechos Humanos para vender la guerra*, El Viejo Topo, Barcelona, 2008.

- BROWN, L. Carl, *International Politics and the Middle East: Old Rules, Dangerous Game*, Princeton University Press, Princeton, 1984.
- BROWN, Chris, *Understanding International Relations*, Palgrave, London, 2001, (2.^a edición).
- BUZAN, Barry y LITTLE, Richard, *International System in World History. Remaking the Study of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- CALLINICOS, Alex, *Los nuevos mandarines del poder americano*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- CAROTHERS, Thomas, *U.S. Democracy Promotion During and After Bush*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington D. C., 2007, 5 de septiembre de 2007, disponible en <https://carnegieendowment.org/2007/09/05/u.s.-democracy-promotion-during-and-after-bush-pub-19549>, [consultado 17 de julio de 2020].
- CLARKE, Richard A., *Contra todos los enemigos*, Taurus, Madrid, 2004.
- CORM, Georges, *La fractura imaginaria. Las falsas raíces del enfrentamiento entre Oriente y Occidente*, Tusquets, Barcelona, 2004.
- COX, Robert, «Social forces, states and world orders: beyond international relations theory», *Journal of International Studies: Millenium*, vol. 10, n.º 2, 1981, pp. 126-155, traducción de FONSECA, Melody.
- DIAMOND, Larry, «Why Are There No Arab Democracy?», *Journal of Democracy*, vol. 21, n.º 1, 2010, pp. 93-104.
- DIAMOND, Larry, PLATTNER, Marc F. y WALKER, Christopher (eds.), *Authoritarianism Goes Global*, John Hopkins University Press, Baltimore, 2016.
- ESPOSITO, John L., *Guerras profanas. Terror en nombre del islam*, Paidós, Barcelona, 2003.
- FESTINGER, Leon, *Teoría de la disonancia cognoscitiva*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975.
- FREEDOM HOUSE, *A Leaderless Struggle for Democracy, Freedom in the World 2020*, Washington, D. C., disponible en https://freedomhouse.org/sites/default/files/2020-02/FIW_2020_REPORT_BOOKLET_Final.pdf, [consultado 17 de julio de 2020].
- FUKUYAMA, Francis, *The origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2012.
- FUKUYAMA, Francis, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2014.
- GERGES, Fawaz A., «Introduction. A Rupture», en GERGES, Fawaz A. (ed.), *The New Middle East: Protest and Revolution in the Arab World*, Cambridge University Press, London, 2014, pp. 1-38.
- GOLDBERG, Jeffrey, «The Obama Doctrine», *The Atlantic*, Washington, D. C., abril de 2016, disponible en <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>, [consultado 16 de junio de 2020].

- GORDON, Philip H., *Losing the Long Game: The False Promise of Regime Change in the Middle East*, St. Martin's Press, New York, 2020.
- HADDAD, Fanar, *Understanding Sectarism. Sunni-Shi'a Relations in the Modern Arab World*, Oxford University Press, Oxford, 2020.
- HALLIDAY, Fred, *The Middle East in International Relations: Power, Politics and Ideology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005a.
- HALLIDAY, Fred, *El islam y el mito del enfrentamiento*, Bellaterra, Barcelona, 2005b.
- HASHEMI, Nader y POSTEL, Danny (eds.), *Sectarianization. Mapping the New Politics of the Middle East*, Oxford University Press, Oxford, 2017.
- HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel, «A Decade of Demonstrations and Protest Movements in the Arab World», en *IEMed. Mediterranean Yearbook 2020*, IEMed, Barcelona, 2020, pp. 17-22.
- HIRO, Dilip, *Cold War in the Islamic World. Saudi Arabia, Iran and the Struggle for Supremacy*, Oxford University Press, Oxford, 2018.
- HUNTINGTON, Samuel P., «Will More Countries Become Democratic», *Political Science Quarterly*, vol. 99, n.º 2, 1984, pp. 193-218.
- HUNTINGTON, Samuel P., «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, vol. 72, n.º 3, 1993, pp. 22-49.
- HUNTINGTON, Samuel P., *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997.
- INGLEHART, Ronald y NORRIS, Pippa, «The True Clash of Civilizations», *Foreign Policy*, n.º 135, 2003, pp. 62-70.
- IZQUIERDO, Ferrán y KAMOU, Athina, «La Sociología del poder en el mundo árabe contemporáneo», en IZQUIERDO, Ferrán (ed.), *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*, CIDOB, Barcelona, 2009, pp. 17-60.
- KHALIDI, Rashid, *La reafirmación del Imperio. Estados Unidos y la aventura occidental en Oriente Próximo*, La Catarata, Madrid, 2004.
- KEDOURIE, Elie, *Democracy and Political Culture*, Institute for Near East Policy, Washington, D. C., 1992.
- KEYNOUSH, Banafsheh, *Saudi Arabia and Iran Friends or Foes?* Palgrave, London, 2016.
- KING, Stephen J., *The New Authoritarianism in the Middle East and North Africa*, Indiana University Press, Bloomington, 2009.
- KIRKPATRICK, Jeane, «Dictatorships & Double Standards», *Commentary*, New York, Noviembre de 1979, disponible en <https://www.commentarymagazine.com/articles/jeane-kirkpatrick/dictatorships-double-standards/>, [consultado el 14 de mayo de 2020].
- KLARE, Michael T., *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, Ediciones Urano, Barcelona, 2003.
- KLARE, Michael T., *Sangre y petróleo. Peligros y consecuencias de la dependencia del crudo*, Ediciones Urano, Barcelona, 2006.

- KLARE, Michael T., *Planeta sediento, recursos menguantes. La nueva geopolítica de la energía*, Tendencias, Barcelona, 2008.
- KRAUTHAMMER, Charles, «The Unipolar Moment», *Foreign Affairs*, 1990/91, vol. 70, n.º 1, pp. 23-33.
- KRISTOL, William y KAPLAN, Lawrence F., *La guerra de Irak. En defensa de la democracia y la libertad*, Almuzara, Córdoba, 2004.
- LEVITSKY, Steven y ZIBLATT, Daniel, *Cómo mueren las democracias*, Ariel, Barcelona, 2018.
- LEWIS, Bernard, «The Roots of Muslim Rage», *The Atlantic Monthly*, vol. 266, n.º 3, 1990, pp. 47-60.
- LEWIS, B., «Islam and Liberal Democracy», *The Atlantic Monthly*, vol. 271, n.º 2, 1993, pp. 89-97.
- LEWIS, Bernard, *Islam and the West*, Oxford University Press, New York, 1994.
- LEWIS, Bernard, «Islam and Liberal Democracy: A Historical Overview», *Journal of Democracy*, vol. 7, n.º 2, 1996, pp. 52-63.
- LEWIS, Bernard, «The West and the Middle East,» *Foreign Affairs*, vol. 76, n.º 1, 1997, pp. 114-130.
- LINZ, Juan José, «Totalitarian and Authoritarian Regimes», en GREENSTEIN, Fred I.; y POLSBY, Nelson W., *Handbook of Political Science*, vol. 3, Addison-Wesley, Reading, 1975.
- LINZ, Juan José, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, Lynne Rienner Publisher, Boulder, Colo., 2000.
- LIPSET, Seymour M., «Some social requirements of democracy: economic development and political legitimacy», *The American Political Science Review*, vol. 53, n.º 1, 1959, pp. 69-105.
- MARTÍN MUÑOZ, Gema, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999.
- MASON, Robert, «The Obama Administration and the Arab Spring: Waiting for a Doctrine», en MANSON, Robert (ed.), *The International Politics of the Arab Spring: Popular Unrest and Foreign Policy*, Palgrave Macmillan, London, 2014, pp. 37-60.
- MCMAHON, Robert J., *La Guerra Fría. Una breve introducción*, Alianza Editorial, Madrid, 2009.
- MOUNK, Yascha, *El pueblo contra la democracia. Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla*, Paidós, Barcelona, 2018.
- MOURE, Leire, «El realismo en la teoría de las relaciones internacionales: génesis, evolución y aportaciones actuales», en ARENAL, Celestino y SANAHUJA, José Antonio (Coords.), *Teoría de las relaciones internacionales*, Tecnos, Madrid, 2015, pp. 61-96.
- O'DONNELL, Guillermo, SCHIMTTER, Philippe C. y WHITEHEAD, Laurence (eds.), *Transition from Authoritarian Rule. Vol. 4. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

- ONUF, Nicholas, *Making Sense, Making Worlds: Constructivism in Social Theory and International Relations*, Routledge, London, 2013.
- ORTEGA GÁLVEZ, María Luisa, «Una experiencia modernizadora en la periferia: las reformas del Egipto de Muhammad Ali (1805-1848)», *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, n.º 8, Barcelona, 1 de octubre de 1997, disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sn-8.htm>, [consultado 27 de mayo de 2020].
- PFAFF, William, «Choque de valores culturales», *Política Exterior*, vol. 20, n.º 114, 2006, pp. 57-65.
- PIPES, Daniel, *Slave-Soldiers and Islam: The Genesis of a Military System*, Yale University Press, New Haven, 1981.
- PIPES, Daniel, *In the Path of God: Islam and Political Power*, Basic Books, New York, 1993.
- POSUSNEY, Marsha Pripstein y ANGRIST, Michele Penner (eds.), *Authoritarianism in The Middle East: Regimes and Resistance*, Lynne Rienner Publisher, Boulder, Colo., 2005.
- PRASHAD, Vijay, *Las naciones oscuras. Una historia del Tercer Mundo*, Península, Barcelona, 2012.
- PUTNAM, Robert, «Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games», *International Organization*, vol. 42, n.º 3, 1988, pp. 427-460.
- RICE, Condolezza, «Rethinking National Interest. American Realism for a New World», *Foreign Affairs*, vol. 87, n.º 4, 2008, pp. 2-26.
- SAID, Edward W., *Orientalism*, Pantheon Books, New York, 1978.
- SAID, Edward W., *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996.
- SAID, Edward W., *Cubriendo el islam. Cómo los medios de comunicación y los expertos determinan nuestra visión del mundo*, Debate, Barcelona, 2005a.
- SAID, Edward W., *Reflexiones sobre el exilio*, Debate, Barcelona, 2005b.
- SARTORI, Giovanni, *La democracia después del comunismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- SCHIMMTER, Philippe C., «The Influence of the International Context Upon the Choice of National Institutions and Policies in Neo-Democracies», en WHITEHEAD, Laurence (ed.), *The International Dimensions of Democratization: Europe and the Americas*, Oxford University Press, Oxford, 2001, Extended Edition.
- SCHLUMBERGER, Oliver (2006): «Rents, Reform, and Authoritarianism in the Middle East», *Internationale Politik und Gesellschaft*, n.º 2, pp. 43-57.
- SCHLUMBERGER, Oliver (ed.), *Debating Arab Authoritarianism*, Stanford University Press, Stanford, 2007.
- SEGURA, Antoni, *Señores y vasallos del siglo XXI. Una explicación de los conflictos internacionales*, Alianza Editorial, Madrid, 2004.
- SEN, Amartya, *El valor de la democracia*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006.
- SHARABI, Hisham, *Neopatriarchy: A Theory of Distorted in Arab Society*, Oxford University Press, New York, 1988.

- TAPŞINAR, Ömer, *What the West is Getting Wrong about the Middle East: Why Islam is not the Problem*, I. B. Tauris, London, 2021.
- TURNER, Bryan. S., *Capitalismo y clases en el Medio Oriente. Teorías del cambio social y desarrollo económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González, 1945-1995*, Crítica, Barcelona, 2003.
- WHITEHEAD, Laurence, «International Aspects of Democratization», en O'DONNELL, Guillermo, SCHIMTTER, Philippe C., y WHITEHEAD, Laurence (eds.), *Transition from Authoritarian Rule. Vol. 3. Comparative Perspectives*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1986.
- WHITEHEAD, Laurence. «Democratic Regions, Ostracism, and Pariahs», en WHITEHEAD, Laurence (ed.), *The International Dimensions of Democratization: Europe and the Americas*, Oxford University Press, Oxford, 2001, Extended Edition.
- YASSIN-KASSAB, Robin; y AL SHAMI, Leila, *País en llamas. Los sirios en la revolución y en la guerra*, Capitán Swing, Madrid, 2017.

Financiación

Texto enmarcado en el proyecto de investigación I+D+i «Resiliencia del autoritarismo, choque de islamismos e intensificación del sectarismo en Oriente Medio y el Magreb», (CSO2017-86091-P), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad entre 2017 y 2021.

Datos del autor

José Abu-Tarbush es profesor titular de Sociología en la Universidad de La Laguna, Tenerife. Es autor de diferentes trabajos sobre la cuestión de Palestina y el mundo árabe e islámico, aparecidos en revistas especializadas y obras colectivas, entre los más recientes destacan los realizados con GRANADOS, Javier: «La política exterior de Rusia en Oriente Medio: su intervención en Siria», *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, n.º 35, 2018; con BARREÑADA, Isaías, ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio, y SANAHUJA, José Antonio, *Entre España y Palestina. Revisión crítica de unas relaciones*, Bellaterra, Barcelona, 2018; y BARREÑADA, Isaías, «Emergencia, articulación y declive del Movimiento Nacional Palestino durante el periodo de entreguerras», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, n.º 69, 2020, pp. 61-99. En esta misma revista publicó «Palestina: el fin de la hegemonía de Fatah», *Historia Contemporánea*, n.º 32, 2006, pp. 73-102.